



## LETRAS Y PSIQUIATRAS



### El profesor de química

**Autor: Marcelo Marmar**

*Nació en Buenos Aires en 1956, es médico psiquiatra y psicoanalista, miembro del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), de la "Fundación de Docencia e Investigación en Psicofarmacología" y de la "Asociación de Psiquiatras de la Argentina" (APSA).*

*Ha escrito trabajos acerca de los efectos del trauma y trauma social, sobre memoria colectiva, y otros relacionados con su actividad profesional.*

*Estudió escritura narrativa en "Casa de Letras".*

*Ha publicado el libro de cuentos "Encierros involuntarios". Su novela, "Informe preliminar sobre Delia Santos" se encuentra en edición. Escribió también una saga de cuentos de próxima publicación.*



*Foto cedida en Julio de 2024 por el Dr. Marcelo Marmar*

La química le fascinaba; los minerales y las fórmulas no complicaban su mente como la de los demás, lo que le había ganado reconocimiento entre sus compañeros de colegio. Gracias a esto y a su apariencia atractiva, ya no era el menos envidiado. Sin

embargo, seguía siendo el más pobre de la clase y el único que no sabía nadar en el río Altamar.

Demetrio Salinas obtuvo el título de Bachiller y se anotó en el profesorado de la capital de la provincia, a cinco estaciones del tren que paraba en el andén de Altamar. El cartel con el nombre del pueblo colgaba de un poste; un día se lo llevó el viento y fue a parar al río, barranca abajo.

Alguna vez, Demetrio Salinas, llegaba tarde a clase por un paro de trenes, pero eso no fue un obstáculo decisivo para terminar la carrera, había ómnibus y además confiaba en su bicicleta. Cursaba por la mañana, a la tarde atendía un local pequeño tipo kiosco y ya hacia final de la carrera, que duró cuatro años, trabajaba en la gomería del pueblo porque el kiosco cerró definitivamente cuando asesinaron al dueño a quien ya habían acusado de vender marihuana y pasta base.

En Altamar, él era uno de los pocos profesores con título, por eso y por su esfuerzo se había ganado el respeto de las autoridades y del alumnado del nivel primario. Cuando se liberó el cargo de la materia Físico-Química consiguió trabajo en la capital provincial y más tarde en la escuela secundaria de Altamar. Tuvo que estudiar temas nuevos que no le gustaban, pero orientó a los alumnos hacia lo que él podía explicar mejor del programa del cuarto año: Física de las partículas y Mecánica de sólidos deformables.

Curioso, Demetrio Salinas no dejaba de preguntarse por el nombre del pueblo, pocos vecinos de Altamar habían conocido el mar. A partir de sus indagaciones se enteró de algunas curiosidades: el escritor uruguayo [Felisberto Hernández](#) había visitado Altamar durante un paseo por el río y había bajado del bote para comer y descansar en una habitación que alquiló a Margarita Cibíades; ella le contó una historia de inundación, ya lejana en el tiempo, que inspiró al narrador para su cuento *“La casa inundada”*.

El intendente de Altamar sentía estima por los profesores como Salinas. Su padre que, como él, había administrado el pueblo durante años, había conseguido los fondos para construir las paredes que agrandaron el colegio y gracias a eso pasó de ser de enseñanza primaria a escuela primaria y secundaria. Él, a su vez, supo conseguir presupuesto para obras que el pueblo necesitaba y también para cambiar su

camioneta por una cuatro por cuatro que soportaba la tierra y el barro que se amasaba cuando llovía y crecía el río. La 4x4 del intendente era el orgullo del pueblo, pero no era del pueblo.

El profesor Salinas estaba por cumplir los treinta y un años cuando fue invitado a un curso de actualización en Buenos Aires. La combinación del tren y el micro lo fastidió. No estaba acostumbrado a la espera y a las curvas de la ruta, pero la sola imagen del hotel que lo recibió hizo que olvidara el dolor de cuello y el sudor que cargaba en su piel: alfombra, azulejos decorados hasta el techo, jabón y champú en frasquitos. “Un lujo”, no paraba de decir cuando volvió al pueblo. “Lujo”.

Conoció la elegancia de Buenos Aires: un café en los alrededores del Obelisco, y un teatro con escalera de mármol y baranda dorada en la calle Mario Bravo. La alfombra del hotel, caminar descalzo sobre su tierna textura, le había dejado un recuerdo imborrable. La visita a Buenos Aires debía quedar grabada no sólo en su memoria, fue así que se tatuó el brazo izquierdo. El tatuador le sugirió: “tiene que ser algo propio, personal”. Salinas se llevó en su antebrazo izquierdo la fórmula del aire ¿Qué otra cosa era suya?

El reconocimiento que recibió a su regreso no alcanzó para aliviar las contradicciones de la vuelta a casa: en Altamar crecía el río ante la mirada recelosa de Salinas; cada vez que cruzaba el puente, el agua lo abrumaba y se preguntaba por qué nunca había aprendido a nadar. Subía el alquiler de la vivienda familiar y el volumen de la música del vecino, que era lo poco que tenía el hombre para fastidiar, además de una joven que entraba y salía de su modesta morada y que parecía más una prostituta que una hija.

Pese a todo y además del reencuentro con su amado gato naranja, Salinas nunca olvidó el instante en que lo invadió, a su regreso, una sensación íntima de júbilo; tal era su orgullo cuando apoyó sobre la mesa del comedor, que también hacía las veces de dormitorio, dos jabones perfumados, envueltos en fino papel, que había traído de Buenos Aires como regalo para su madre. Una dicha extraña e irónica lo invadía: un

tipo de su categoría había resuelto que podía comprar objetos caros de lo más superfluos.

\*\*\*

Fue en Buenos Aires donde el profesor tuvo su primera experiencia sensual, no amorosa. Se cruzaron frente a un Palacio de estilo francés en la Avenida Santa Fe y la mirada fue incontenible. Al girar por la calle Maipú Demetrio temió alejarse y temió acercarse: intentaron conversar a la vez que postergaron cualquier acto que implicara sus cuerpos.

Pasaron meses hasta que, en un nuevo viaje de actualización de profesores, se besaron en la plaza San Martín. Demetrio se moría de miedo, pero, aun así, se aventuró a un encuentro y luego a otro, que imaginó como la cura a su confusión. Toda vez que satisfacía las ganas, aliviaba el ansia, pero enfermaba de culpa y creía enloquecer.

Con el tiempo, aceptó visitar a aquel hombre en su departamento sencillo, con cortinas celestes. en el centro de Buenos Aires. Salinas entraba con deseo y salía enojado como si su amante fuera el culpable de la cura que él mismo se había impuesto. El amante agregó un afecto seco a los encuentros, era todo lo que él podía hacer. Se confesaron ambiciones contrariadas: una mesa de cristal con base de bronce como se ve en las películas, alfombras mullidas y batas de marca que parecían de seda, llegaron a reír de sus deseos imposibles. Intercambiaron ternura.

Los viajes a los cursos de actualización en Buenos Aires se repitieron. Demetrio conoció el perfume de París que brillaba en un frasco en una vidriera de la avenida Santa Fe y se sentó en una de las butacas del teatro de las escaleras de mármol.

A su regreso a Altamar, luego de obsequiar a su hermana y a su madre (padre no había), acostumbraba a ir en persona y en actitud respetuosa a agradecer al intendente por su interés en su formación académica en aras de su carrera de profesor. Una tarde a la salida de la intendencia vio llegar a la puerta, al hijo del intendente del pueblo, que había sido su compañero del colegio. Le costó reconocerlo manejando a lo lejos; advirtió que la cuatro por cuatro no era negra como la de su

padre, la de su compañero era de color azul. El joven le ofreció llevarlo a su casa para que no tuviera que pisar el barro porque el mejorado se interrumpía trescientos metros antes de llegar. Demetrio Salinas, titubeando, reconoció la fragancia que venía del conductor, era la del perfume que había conocido en Buenos Aires, potenciado por el frío helado del aire acondicionado de la cabina.

En otra de las visitas a la Intendencia para retirar la computadora prometida como parte del material de enseñanza destinado a los profesores, lo atendió un secretario bien vestido, como nunca se había visto en la Intendencia de Altamar. El intendente se había ido de viaje. ¿Vuelve pronto? No, está de visita. ¿Dónde? Fuera del país. La ofuscación de Salinas encubría una bronca inquietante.



*Fotografía cedida por la Dra. Miriam Monczor*

*Mar del Plata, 2024*

\*\*\*

Con el fin de año, llegaron las esperadas elecciones de autoridades. Fueron de lo más excéntricas, no por lo que sucedería en el pueblo, como siempre: el colegio con gente desde temprano, bicicletas, urnas, sonrisas vengativas bien disimuladas. Lo que volvía anormal la circunstancia era que los candidatos para los cargos municipales eran de lo más raros, sus peinados, sus propuestas, sus gestos. No eran gestos, hacían muecas

exageradas cuando insultaban a sus opositores, entre ellos el intendente recién llegado del viaje a otro país.

Como prometían no enriquecer a los ricos, a los intendentes y a los gobernadores, Salinas les creyó.

El vecino a quien Salinas ya no soportaba porque lo invadía con su música mientras su madre se quejaba: “me va a estallar la cabeza”, votaría al viejo intendente y sus candidatos, lo decía en voz alta, lo gritaba y hasta lo cantaba. Eso terminó de convencer a Salinas que acabó votando a los más raros, los que finalmente ganaron la elección.

Cuando el profesor Salinas comenzó a dar clase al año siguiente, se le ocurrió pasar por la Intendencia a saludar, para que lo conocieran. No lo recibieron, los profesores estaban en una lista de posibles prescindentes. Según los nuevos funcionarios a cargo de la Intendencia, el colegio secundario de Altamar no era necesario, los jóvenes de Altamar podrían estudiar en el colegio secundario de la capital de la provincia, a veintidós kilómetros.

Demetrio Salinas abandonó el cargo del colegio secundario en la capital provincial y conservó el del pueblo en la escuela primaria. No estaba dispuesto a ir a la capital a diario, por una paga que se reduciría a causa del aumento del costo del viaje, el del *sandwich*, y un gasto nuevo: el de los zapatos. Se había decretado que no se diera clase en zapatillas, ¿se alejaba así a los profesores que venían de los pueblos?

La profesora de Historia fue la primera en protestar, los alumnos se quedarían sin escuela, como sus abuelos, sin escuela.

En poco tiempo, más profesores, padres y gente de oficios diversos se sumaron a las protestas, indignadísimos. Los caballos de la policía los perseguían como nunca se había visto, cruzando el puente de Altamar abarrotado de bicicletas.

Una vez más el profesor Salinas viajó a Buenos Aires para firmar y dar cumplimiento así al trámite de renuncia al cargo de profesor en el colegio de la capital provincial. El amante, a quien Salinas no dejaba de visitar, le había advertido que se cuidara en las

protestas, según decía la situación se había complicado: “No Demetrio, no te vas a poder defender a las trompadas”, y que “a esta gente no le interesa la química”.

Luego de cada visita Salinas salía abrumado por las advertencias, cargado de incertidumbre.

Algunas miradas lo sorprendieron y le devolvieron aliento; en la avenida Santa Fe llamaba la atención su aspecto provinciano, varonil y mestizo.

En un departamento bien puesto, a un hombre de buen aspecto se le ocurrió hacerle un regalo, y luego otro. Demetrio descubrió un tipo de intercambio que no conocía. Con otros hombres, los regalos y el dinero compensaron aquella pérdida del cargo académico.

Cada vez que podía, viajaba a Buenos Aires. Reunía el costo del pasaje en los encuentros casuales y hasta programados algunas veces. El regreso al pueblo se transformó en un mal trago, no como un licor amargo: como vino ordinario avinagrado al sol. Hasta dónde había llegado, se reprochaba.

Volvió a las protestas, tenía que señalar a los que consideraba verdaderos culpables de su amargura.

Reconoció, como al pasar, que se había equivocado en el voto a las nuevas autoridades, pero ya era tarde, sólo le quedaba la queja estallada en protesta ¿qué otra cosa iba a hacer? Solía decir: “que no me mate la bronca”.

Una y otra vez, con lluvia y pese a la crecida del río, la Intendencia y el puente que unía Altamar con la capital provincial fueron puntos de reunión comunitarios para expresarse contra el avasallamiento, la mentira y la hambruna.

En una de aquellas congregaciones, mientras bajaba del puente, un caballo de la policía de la Federal encerró a Demetrio Salinas provocando su caída al río, más alto y enloquecido que nunca. Reconoció al jinete, un viejo compañero del colegio primario, Salinas gritó su nombre que se oyó en toda la extensión del puente: ¡“Castillo, Castillo”!

Salinas se aferró a la bicicleta que llevaba caminando.

No se tomó de la baranda como reprochaban en el diario local y el nuevo intendente porque, para Salinas, “la bici” era lo más seguro del mundo, lo único suyo, lo propio. Como el aire que llevaba tatuado bajo su piel.

**I** APSA - Asociación de Psiquiatras de Argentina

🏠 Rincón 355, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

✉ [revistasinopsis@apsa.org.ar](mailto:revistasinopsis@apsa.org.ar)

📞 (+54 11) 4952 1249, (+54 11) 4951 9434

